



CAPITULO VIII

Instrucciones del Gobierno Provisorio al General Ruiz. El Teniente Coronel Rodríguez sale con fuerzas de Granada. Combate de Jinotega. Sus consecuencias. Fusilación de los prisioneros hondureños. Expedición al río de San Juan. Toma de El Castillo. Sus consecuencias. Recursos con que el Gobierno sostenía la guerra. El oficial don Miguel Vélez. Proyecto y preparativos para asaltar el Cantón. Malogro de este proyecto.

Vencedor Ruiz en Palacagüina, pero con muchas bajas, contramarchó a reponer sus pérdidas y a instar al Gobierno de Honduras y al Provisorio, que le mandasen tropas y elementos de guerra. Uno y otro, alentados con la victoria, hicieron esfuerzos por remitírselos. El último, al ofrecerle este envío, le dió seguridades de que la impotencia del Gobierno Legítimo no le permitiría sacar fuerzas de Granada; que derrotados los matagalpas en Palacagüina no tenían más que temer; que convenía su marcha para Matagalpa y de allí partiese para Teustepe pasando por Muy Muy con objeto de dispersar los restos de las tropas de Abarca; que en Teustepe deshiciese un núcleo de legitimistas que auxiliaban a Granada y bajase a Tipitapa a levantar el cantón que tanto daño causaba a la democracia, y que una vez levantado y dejando allí la fuerza conveniente, volviese para Teustepe cuya ocupación daría por resultado la toma de la plaza de Granada.

El cálculo era errado. El teniente coronel Rodríguez salió de Granada con la compañía recluta que llevó a armarse, con doscientos soldados disciplinados y una excelente oficialidad; y al pasar por el cantón de Tipitapa engrosó esta fuerza con unos pocos oficiales y tropas que fueron agregados a la expedición. Rodríguez marchaba entre el temor y la esperanza.

Hijo del pueblo, hombre de color, soldado de Muñoz, había ascendido a Teniente Coronel a fuerza de un valor extraordinario; y aunque su nacimiento en León, y sus relaciones con los democráticos le inclinaban a su lado, él quiso servir al de sus enemigos políticos, porque la causa democrática estaba ya mancillada, y él quería desenvainar la espada con honor, quería gloria, ambicionaba ser general. No dormía en las noches, vigilando por sí mismo, y considerando las ovaciones que le esperaban en Granada si triunfaba, y resolviéndose a morir en caso de una derrota. Así llegó a las inmediaciones de Matagalpa en cuya plaza estaba el General Ruiz, pero siendo muy avanzado el día, subió a una montaña elevada llamada el Calvario, al occidente de la población, en donde pernoctó, y bajó el día siguiente sin encontrar a los hondureños porque habían contramarchado para Jinotega.

Se agregó a Rodríguez un número considerable de indios, armados de flechas, muy entusiastas de la causa legitimista y con ellos continuó la marcha el 10 de diciembre para Jinotega, villa situada doce leguas distante al norte de Matagalpa. Pasaron la noche a la mitad del camino, y los indios, que acaso por ensueños suelen correr haciendo alborotos, en esa noche causaron una alarma terrible formando remolino, que de pronto pareció ataque del enemigo y que al fin se contuvo después de algunos tiros de que varios cayeron heridos. El día siguiente 2, a las doce del día, llegaron a la población que está situada en una llanura circundada de cerros, que le dejan una entrada al sur y otra al norte.

Aunque el capitán hondureño Ulloa había sorprendido en Sébaco un derrotero de Cachirulo, aunque éste permaneció dos o tres días en Matagalpa, Ruiz no sabía el movimiento de aquél, y estaba enteramente desprevenido; su fuerza como de doscientos hombres estaba dispersa y le habrían dado una completa sorpresa, si la caballería legitimista, que divisó unos soldados que corrían, no se hubiese adelantado hasta la misma población. Los hondureños tuvieron tiempo de reunirse y esperar a Rodríguez que a la cabeza de su tropa corría sobre ellos y que avanzando demasiado, cayó muerto en los primeros tiros. A la caída del jefe, mucha parte de la fuerza volvió la espalda y corrió despavorida por la llanura, en cuyo momento el segundo jefe, Teniente Coronel don Tomás Martínez, se lanzó hasta alcanzar al último o delantero y amenazando a los que huían los hizo volver a la carga. Los hondureños no pudieron perseguir a los derrotados porque aún hacían fuego por los flancos algunas guerrillas legitimistas que acaso no supieron el fracaso sufrido en el centro, y entre tanto regresó Martínez con la tropa que se había desbandado y se entabló la acción con encarnizamiento, hasta que cuatro horas después, los hondureños se pusieron en completa fuga dejando

40 muertos, entre ellos varios oficiales y muchas armas y equipajes. Ruiz y unos pocos subalternos llegaron a Somoto, y como otros muchos iban dispersos, una partida de patriotas legitimistas capturaron en la cuesta de Pire a cinco oficiales, entre los cuales se contaban los capitanes Sebastián Ulloa y Felipe Cañas, conservadores de Honduras que Cabañas mandaba a la guerra para alejarlos de ese Estado. Estos fueron presentados a Martínez quien los mandó a Matagalpa encomendados al Gobernador para que los tuviese bajo su inspección hasta el regreso de la fuerza para conducirlos a Granada.

Esta batalla no es tan importante en sí, como por sus resultados, porque ella hizo perder a los democráticos no sólo los pueblos que ocupaban en Segovia, sino que les desconcertó el plan de situarse en Teustepe que era el más fatal para Granada. Ninguna acción de cuantas hubo en la guerra civil de 1854 estuvo más a punto de perderse para los legitimistas, pareciendo casi una obra providencial, que después de la muerte del primer jefe, y de derrotadas las filas, haya podido rehacerlas y triunfar un oficial sin prestigio, nuevo en la carrera militar, contra fuerzas superiores y jefes experimentados. Y todavía más: si los legitimistas tardan un poco en atacar no habrían podido verificarlo mas tarde. El mismo 2 de diciembre, en que sucedió el combate, salió de Somoto el Coronel Ramón Rubí con tropas hondureñas, y ese mismo día salió de León el Tte. Coronel don José Salinas conduciendo el parque que Ruiz había pedido tantas veces, y tras éste, el Coronel don José María Sarria con una compañía a ponerse a las órdenes de Ruiz, de manera que poco tiempo después todas estas fuerzas se habrían reunido, y los legitimistas no hubieran podido contrastarlas, y hoy por hoy fuera distinta la historia de la guerra. Como es de suponerse, estas fuerzas auxiliares de Ruiz, al saber el fracaso, fueron regresando a sus respectivos Gobiernos, y los departamentos Setentrionales quedaron bajo la obediencia de los legitimistas.

Junto con la noticia de esta victoria voló el nombre de Martínez, a quien la fortuna comenzó a acariciar como a un hijo predilecto, y luego que él cumplió con su misión en aquellos pueblos, regresó con su división victoriosa, que fué recibida en Granada con el mayor entusiasmo popular.

Esta victoria tan fecunda en buenos resultados no bastó a desarmar la inflexibilidad del jefe conservador. Los prisioneros Ulloa, Cañas y compañeros, que tomados en Pire los mandó el Tte. Coronel Martínez a Matagalpa para conducirlos él mismo en su regreso con objeto de exponer sus opiniones políticas, los mandó escoltados el Gobernador Abarca; apenas llegaron a la plaza fueron pasados por las armas, sin mas trámites que una orden del día, dictada por el General en Jefe. ¡Insondable abismo del corazón humano! Chamorro, un jefe va-

liente, un hombre tan sensible que no veía sin lágrimas la menor desgracia, era capaz de dictar estas órdenes tan inhumanas. La verdad es que él creía cumplir un deber; le pareció que la muerte de esos hombres estaba mandada por la ley de 10 de mayo, y que por tanto era preciso cumplirla por más tremenda que fuese su severidad. ¡Tal es el dominio que una época ejerce sobre los hombres! ¡Tal es la obcecación de los partidos! No se veía entonces que la ley de 10 de mayo, demasiado cruel para aplicarla a los nicaragüenses, era del todo inaplicable a súbditos de un Gobierno extraño, que los mandaba a hacer la guerra, y de cuya injusticia sólo era responsable el gobernante que los mandaba.

Después del triunfo adquirido por Corral el 15 de setiembre sobre las goletas democráticas, lo dejamos en Granada reparando las averías de la flotilla para volver al río de San Juan. Inmediatamente fué reparada, se dirigió para la costa de Rivas haciendo observaciones, y de allí para San Carlos, que encontró abandonado, y en donde resolvió permanecer esperando una oportunidad para atacar El Castillo, que por su posición y tropas que lo defendían, presentaba mucha dificultad.

La guarnición de esta fortaleza, cortada por la ocupación de San Carlos, no habría podido mantenerse, si la Compañía del Tránsito, tan interesada en el triunfo de la democracia, no la hubiese auxiliado conduciéndole viveres en sus vapores. En uno de estos iba oculto para Rivas don Cleto Mayorga, uno de los principales democráticos, residentes en esa época en San Juan del Norte y empleado en la Aduana por el Gobierno Provisorio. Corral lo supo, mandó extraerlo del buque, y conducirlo a Granada, a donde llegó el 26 de noviembre, y en donde publicó una manifestación de que se había hecho cargo del destino por favorecer los intereses del comercio, pues que él no podía ser *faccioso*, por que el faccioso, decía, *es un bandolero sin sentimientos de moralidad, de religión, ni de justicia*. Permaneció allí en una prisión hasta que un cambio de cosas vino a libertarlo.

Corral fué un Jefe que jamás aventuró una batalla, decidiéndose a darla cuando todas las probabilidades estaban en su favor. Después que acopiaba elementos en abundancia, y tomaba todas las medidas que le diesen certidumbre del buen éxito, esperaba uno de los días que para él eran faustos o felices, cuya preocupación se hizo por fin general en todos los legitimistas. Desde el 13 de mayo en que el Presidente Chamorro fué derrotado en El Pozo, se había observado que este día era muy aciago para la legitimidad; y que eran propicios el 2, el 4, el 16 y el 25 en que sus armas habían salido victoriosas.

Queriendo Corral atacar la Fortaleza el 16 de diciembre, salió el 15 de San Carlos con cien hombres en cinco embarca-

ciones, dos grandes y tres menores. En la madrugada llegaron a la ensenada de Los Chivões, una milla antes de El Castillo, en donde desembarcaron los cien infantes destinados a atacar por tierra, de los cuales formaron cuatro guerrillas de 25 hombres cada una al mando la 1ª del Tte. Coronel don Francisco Montenegro; la 2ª del Tte. Coronel don Pedro Sequeira; la 3ª del Tte. Coronel don Estanislao Argüello; y la 4ª del Capitán don Andrés Murillo. Corral, con la compañía de artilleros; prosiguió por agua, con objeto de cañonear la Fortaleza si era necesario. La infantería, por los rodeos del camino, tuvo que andar más de cinco millas salvando esteros y rompiendo breñales, hasta que a las 9 de la mañana apareció en la avanzada, que inmediatamente se concentró a la izquierda de la Fortaleza. Corral había dispuesto que cada una de las guerrillas atacase un punto del enemigo que ocupaba diversas casas, proponiéndose llamar la atención por diversos puntos, pues que El Castillo no podía ser posición más ventajosa, cuando la historia recuerda que una mujer, la señora doña Rafaela Mora, lo defendió contra un ataque de los ingleses; pero el Tte. Coronel Montenegro hizo cargar las cuatros guerrilla sobre uno solo de dichos puntos, razón por qué la acción se hizo más prolongada. Los democráticos encerrados en El Castillo suspendieron el puente falso que cubría el foso, quitando así el paso a los asaltadores; pero unos soldados escalaron el muro y otros tomando las tablas que formaban el puente, facilitaron a los oficiales el paso, en cuyo momento se apoderaron del *Caballero*, y los democráticos quedaron desalojados del centro y reducidos a sus alas izquierda y derecha; Los legitimistas cargaron primero sobre el ala izquierda sostenida por el Coronel Laureano Zelaya (uno de los declarantes en el archivo secreto) y por Braulio Barrientos, llamado el *Diablo Blanco*, que fueron tomados y pasados al instante por las armas. Enseguida acometieron a la derecha mandada por el oficial Juan Buitrago, que, desalojado a vivo fuego, se precipitó con sus soldados a la montaña, de los cuales unos pudieron tomar la ruta por agua para San Juan del Norte y otros vagaron en la montaña en que perecieron varios.

De los legitimistas hubo dos muertos y veinte heridos, entre éstos, dos jefes principales. De parte de los democráticos hubo cincuenta muertos, y veinticinco prisioneros, y como cien, dispersos en la montaña.

La noticia de esta victoria tan importante para los legitimistas, que tenían ya abierto el río de San Juan del Norte, fué recibida por ellos con mucho aplauso. Inmediatamente imprimieron el parte de Corral y lo arrojaron a Jalteva el 24 de diciembre muy de mañana, el cual, naturalmente produjo allí un efecto del todo contrario; pues sucediendo el despecho al desconsuelo, los democráticos descargaron su furia sobre lo mate-

M.—12,

rial de la ciudad, siguiendo su modo habitual de recibir un parte adverso. Un espantoso cañoneo se dirigió ese mismo día a la torre de la Merced, hasta que a las cinco de la tarde cayó el cuerpo superior y el cimborio, haciendo un estruendo terrible. Mil gritos acompañados de la música marcial felicitaron en Jalteva el derribo de la torre. ¡Triste efecto el de la guerra civil! Los nicaragüenses celebraban como un triunfo, y como un paso de mucha utilidad, la destrucción de un edificio nacional, construido por sus mismos padres y consagrado al culto de Dios.

Habiendo regresado Corral de su expedición al río de San Juan, y el Teniente Coronel don Tomás Martínez, de Segovia, había en la plaza de Granada la fuerza necesaria para poner fin a una lucha tan prolongada. La opinión pública estaba pronunciada porque cuanto antes se escogitase el medio de hacer levantar el campo a la democracia, pues si bien los legitimistas de nada carecían y pasaban aquella situación en bailes, banquetes y otras diversiones, al fin era penosa por la falta de libertad. Sobre todo, los propietarios ansiaban porque se les disminuyese por lo menos la grave carga de sostener la guerra con su capital, que allí tenían estancado.

Se ha dicho con razón que la riqueza de un pueblo no se conoce, sino hasta el día en que una revolución la deja en descubierto. Es sorprendente que una ciudad tan pequeña como Granada, sin estar preparada para la guerra que de pronto llegó a sus puertas, haya tenido la inmensidad de recursos en dinero, en elementos y útiles de guerra, y en toda clase de materiales de edificación, para haber hecho y reparado a cada momento una espesa muralla que defendía la extensa línea que circunvalaba la plaza, con no menos de mil varas de diámetro.

En materia de recursos pecuniarios, bastará decir que el ejército entero estaba puntualmente bien pagado, cosa que atrajo al servicio a todos los que en aquellas circunstancias necesitaban dinero para vivir, y que al mismo tiempo era la base del orden y moralidad del soldado, porque el jefe con una mano extendía el sueldo y con la otra el rigor de la disciplina.

Para dar un ligero conocimiento sobre esta materia de recursos, preciso es que echemos una mirada retrospectiva.

Encerrado el Gobierno en la plaza de Granada no tenía renta alguna de que disponer, y sólo contaba con el patriotismo de los propietarios, y con el juicio que aun los egoístas formaban de la situación. «Si la facción triunfa, decían, mi capital entero es perdido; así es que para ver si salvo alguna parte es preciso entregarle otra al Gobierno a fin de que se sostenga.»

El Gobierno, a más de esto, comenzó a proveerse de los pocos fondos que estaban a su alcance, como el de la Instrucción Pública, Consulado de Comercio, Junta de Caridad y Mu-

nicipal, que por acuerdo de 17 de mayo mandó ingresar con calidad de devolución a la Comisaría de Guerra. El día siguiente mandó organizar una *Junta de Recursos*, compuesta de los señores don Narciso Espinosa, don Gabriel Lacayo y don Vicente Cuadra, la cual fué ampliamente facultada con el objeto de su institución, que no era más que *el de proveer recursos*, y supo darle el lleno a su misión.

Esta Junta tomó un empréstito de ganado de matar, en fines de julio, y desde entonces quedó estancada la venta de carne, estableciéndose penas muy severas para el que la vendiera de contrabando. Al mismo tiempo se abrió una tienda nacional de efectos extranjeros tomados a los comerciantes a cuenta de sus empréstitos y contribuciones, fijándose también penas severas para cualquiera que vendiese clandestinamente, y de la misma suerte se había establecido una tercena de tabaco, que, habiendo dado muy buenos productos, inspiró la idea, que más tarde se puso en práctica, de estancar este artículo en toda la República.

Otra renta provenía de las multas impuestas en conformidad de los artículos 6.º y 7.º del decreto de 10 de mayo, y que todos los militares y paisanos que huyeron en los primeros momentos de la revolución, tenían que pagar irremisiblemente o sufrir la pena de presidio. Como fueron tantos los que emigraron, es de calcularse que estas multas ascendieron a una cantidad considerable.

Pero no hay duda que todos estos rendimientos eran insignificantes respecto de la enorme suma que demandaba el sostenimiento del ejército y de la guerra en general. Los propietarios pagaban una cantidad mensual muy crecida que se les había detallado, y además de estos pagos ordinarios, tenían que satisfacer grandes empréstitos extraordinarios y adjudicaciones que se exigían cada vez que sobrevenían los apuros.

En 19 de mayo mandó el Gobierno tirar 30,000 pesos en bonos privilegiados, amortizables en las aduanas, cuyos tenedores en vez del 40 % de derechos de importación señalados por el decreto de 8 de octubre de 1853, tenían el privilegio de pagar un 32, dividido en un 10 en estos bonos; un 14 en vales u órdenes de toda especie; y un 8 en dinero. En 17 de junio se derramó un empréstito forzoso de 14,000 pesos pagables con bonos privilegiados o con el producto de las aduanas. En 8 de agosto se decretó una adjudicación forzosa de 15,000 pesos cada mes, para la cual se mandaron tirar primero 60,000 pesos y después 30,000 más en bonos privilegiados, y para hacer algunas adjudicaciones pequeñas a los propietarios de Chontales y a los de Masaya que estaban refugiados en Teustepe.

Los propietarios no podían ya soportar todas estas erogaciones, y de allí dimanaba el violento deseo de que se levantase el asedio de Granada. El modo de conseguirlo con más

prontitud y seguridad era lo que se discutía entre los jefes legitimistas; quién indicaba la ocupación de Rivas, quién la de Masaya y quién un ataque directo a Jalteva, cuando vino a proponerse un proyecto bastante arriesgado, inejecutable, pero que fué aceptado y acogido con entusiasmo, o mejor dicho con esa ceguedad con que los partidos acogen todo aquello que al parecer les presenta alguna probabilidad de aniquilar a sus contrarios.

Don Miguel Vélez, oficial hondureño del bando conservador, emigrado en El Salvador por ciertos compromisos contra el Gobierno Cabañas, fué instado por algunos para venir a Nicaragua a informar al Gobierno del movimiento de Jerez, en ocasión que éste salía de La Brea. Vélez lo vió en El Tigre, y le aparentó voluntad de asociársele; pero allí mismo trabajó para que la guarnición de la Isla no se juntase a los invasores, la cual dijimos desertó a la hora del embarque. El día siguiente de haber zarpado el bergantín San José, Vélez salió en un bote con dirección al Tempisque procurando adelantarse a la invasión; pero en el tránsito fué tomado y conducido para El Realejo en donde le dieron de alta, y prosiguió en servicio de la facción en Jalteva hasta la época que mencionamos. Muy joven aún, de una estatura extremadamente débil y pequeña, pero de un corazón muy grande y de un valor extraordinario, mucho tiempo hacía que meditaba un golpe decisivo al cantón, porque estaba fastidiado de estar al servicio da una causa y de unos hombres con quienes no tenía simpatías. Una noche el oficial José María Matute, hondureño, le comunicó el pensamiento que tenía de desertar; pero Vélez le contestó que era mejor se fuese a la plaza, en donde sería bien recibido porque allí estaba don Pedro Xatruch, de quien en otro tiempo había sido dependiente el citado Matute. Como éste convino, le propuso que hiciesen una combinación para abrir a los legitimistas los puntos más importantes del cantón, de manera que pudiesen penetrar hasta la misma Iglesia de Jalteva, en donde debían sorprender a Jerez, a que también se mostró anuente. Como ayudante del Estado Mayor, Vélez tuvo facilidad de sacarlo de la línea, y al salir le entregó dos cartas, una para Chamorro y otra para Xatruch en que les pintaba el proyecto muy factible. Para ello era preciso combinarse antes, y proponía el medio de que el día siguiente se introdujese al campamento alguna mujer o persona que pudiese informarse de todo, para lo cual Vélez estaría solo en una de las casas más retiradas. Matute le dijo que si el pensamiento era bien acogido en la plaza, le aventaría unos papeles atados a una piedra, a tal hora y por cierto punto de la línea.

El lío de papeles cayó en efecto, pero en vano aguardó Vélez la persona que le hablase de la combinación y entonces descubrió el plan a otro oficial hondureño, don Cruz Azmitia,

quien, habiéndole aprobado, resolvieron escribir a Xatruch por medio de una mujer que vivía maridablemente con el último, la cual fué a la plaza y regresó trayendo una contestación de don Pedro Xatruch, que decía:

«Recibí su carta; quedo impuesto de todo, y haciendo la combinación con el oficial Meléndez, lo mandará U. esta misma tarde al anochecer, para que no sea visto de nadie. Que él traiga bien explicado todo para que no haya una equivocación, principalmente para la salvación de ustedes.

Le remito con la portadora 40 pesos para los gastos que U. me indica, autorizándolo que haga cualquiera ofrecimiento, seguro de que será sostenido por el señor General Presidente; que para su mayor confianza, esta carta va de la propia letra del señor Mayor General don Fulgencio Vega.

Le incluyo las cartas que se le tenían escritas y el salvo-conducto para todos. Deseo que U. maneje este asunto con la mayor reserva, para que no se le proporcione a U. una desgracia, y esto todo pende de la discreción de U.

Sobre los hondureños, mejor será que U. los deje que se deserten, no sea que por dar otro paso se malogre todo.

El oficial puede entrar por el mismo punto que entró la conductora, pues están dadas todas las órdenes.

Mucha prudencia, mucho valor y firmeza, que este paso debe hacer la felicidad de esta patria y la de U. mismo. Soy como siempre & *Pedro Xatruch.*»

El pasaporte incluido decía así:

«Tienen salvo-conducto todos los hondureños que quieran pasarse al servicio del Gobierno Legítimo, reconociéndoles los destinos que hayan tenido en Honduras, y pagándoles el sueldo a cada clase por la tarifa de Nicaragua, que es mayor que la de Honduras. El que no quiera prestar el servicio y desee darlo al lado del General Guardiola, se le dará el pase para donde él, y se le proporcionará modo para conducirse. Es orden del señor General. Cuartel general, Granada, enero 10 de 1855. *Fulgencio Vega.*»

Este salvo-conducto lo había solicitado el mismo Vélez para persuadir a sus compatriotas de la facilidad que tenían de salvarse, y el dinero para comprar aguardiente, y prepararlo con opio que la misma mujer le había traído de la plaza, el cual pensaba brindarlo a la tropa la noche que se designase para el salto.

Meléndez era otro oficial hondureño a quien Vélez había puesto al corriente de todo, y de quien dió buenos informes a Xatruch. Mas Vélez no quiso hacer la combinación con él, sino que le instó para que se fuese a la plaza, y anunciase que él mismo estaría a las 4 de la tarde en el Rastro (situado al sur de Granada), en donde esperaba a Chamorro y a los principales jefes para trazar con ellos el plan. Chamorro no

concurrió a la cita porque ya estaba postrado de la grave enfermedad que se le desarrolló poco antes; pero asistieron Corral, Vega y Xatruch, con una columna bastante fuerte, en razón de que desconfiaban que aquello fuese un lazo tendido contra ellos; Vélez estuvo puntualmente, formaron entre sí los debidos arreglos, y señalaron la noche del 14 de enero,

¿Como volvería Vélez al cantón después de una entrevista tan pública a luz del día? Este peligroso asunto se había ido trasluciendo de confianza en confianza, y la entrevista lo acabó de hacer tan público que lo sabían los partidarios que vivían en lugares distantes de Granada. En Jalteva mismo estaban al cabo algunas personas a quienes había sido preciso revelarles el secreto, y para mayor peligro no se pudieron concluir los preparativos para la noche designada, sino que fué necesario postergar el asalto para dos días después.

En la plaza se alistaba todo con la mayor premura; se designaron los jefes de más confianza, a quienes se les tomó juramento de no revelar *el proyecto*, y a cuya disposición se ponían cantidades de puñales afilados para que los pusiesen en manos de los soldados a la hora de ejecutar el asalto. "Todo, pues, estaba listo, y sólo se esperaba la hora convenida; ahora veremos como iban las cosas en Jalteva.

El oficial Azmitia, en una exaltación de licor, trasmitió el secreto al capitán Antonio Oberón, de origen francés, y éste manifestó a Vélez estar en posesión del plan combinado. Este se creyó perdido pero no se lo negó, y trató de persuadirlo para que se fuese a la plaza inmediatamente, amenazándolo con la muerte en caso contrario. Aquél le ofreció irse en el acto, y sólo le suplicó le esperase para cambiar de vestido en una casucha que estaba al frente, en cuyo aposento estaba una granadina, Andrea Traña, a quien Oberón dió a entender que una gran cosa sucedería dentro de poco. Ido éste, a quien el propio Vélez fué a encaminar, la Traña reveló lo que sabía a un oficial leonés, Sixto Sequeira, alias Marucha, con quien tenía ilícitas relaciones, y éste voló a descubrir a los jefes el peligro en que estaban. Inmediatamente prendieron a la mujer, querida de Azmitia, contra quien abrigan sospechas, porque la habían visto salir y volver al cantón, y gastar *moneda sevillana*, que ninguna persona tenía en Jalteva, ni nunca había ingresado a la Comisaría democrática; cabalmente esta moneda era la que la misma mujer había traído a Vélez de la plaza. Amenazada de muerte, confesó sin rodeos cuanto sabía, en cuya virtud prendieron a Azmitia y corrió una escolta en busca de Vélez, quien en ese momento estaba en la línea frente a la de la Merced, en donde un oficial le anunció que venían a capturarlo. Conservando mucha calma en lance tan apurado, Vélez tomó un piquete de hondureños, y por distinto lado volvió al interior de Jalteva, pasando por la misma Iglesia, en

que estaba un oficial hondureño comprometido, a quien avisó el peligro y juntos corrieron con la escolta pretextando ir a alcanzar a una mujer que iba con cartas para la plaza, dando orden al pasar por la línea que no se permitiese la salida a ninguna persona, de que resultó que la escolta que iba en persecución no pudiese continuar en pos de los fugitivos, los cuales llegaron bien a la plaza dando el parte de haberse descubierto la combinación.....Azmitia fue fusilado sin declarar a los culpables, por más esfuerzos que hicieron sus jefes.

Parece increíble que se haya entretenido un proyecto de tal naturaleza, y tan lleno de peligros. En la oscuridad de la noche en que se pensaba pasar al filo del puñal las cabezas de los democráticos, ¡quién sabe cual habría sido el resultado! ¡quién sabe cuantas desgracias hubieran sucedido! Sin duda, la Providencia que no permite todos los extravíos del hombre, quiso que fracasara este plan, que tal vez iba a dar resultados más funestos.

